

temala y Méjico, representándoles el mal estado de sus negocios, y solicitando su auxilio. Aun se conserva la carta que dirigió á Alvarado, residente entonces en Guatemala. En ella le conjura por todos los sentimientos de honor y de patriotismo, que venga en su ayuda, y eso antes que fuera demasiado tarde. Sin nuevos auxilios, ya no podian sostenerse mas los Españoles en el Perú, y la corona de Castilla iba á perder aquel dilatado imperio. Se comprometia por último á partir con él las conquistas que hicieran con sus armas reunidas.²⁷ Estas ofertas hechas al mismo personage que pocos meses antes habia querido Pizarro echar de la tierra á cualquier precio, manifiestan el extremo á que habia llegado su afliccion. Los socorros que con tanto empeño solicitaba, llegaron en tiempo oportuno; no para sofocar la insurreccion de los Indios, sino para ayudarle en otra contienda igualmente formidable contra sus propios paisanos.

Era ya el mes de Agosto. Llevaba el Cuzco mas de cinco meses de sitiado, y las legiones peruanas aun continuaban cercándolo. El sitio ya se habia prolongado mas de lo que se usaba

²⁷ "E crea V. S. si no somos é tenemos pocas armas, é los Indios estan atrevidos." Carta de Francisco Pizarro á D. Pedro de Alvarado, desde la ciudad de los Reyes, 29 de Julio de 1536, MS.

entre Indios, y daba á entender la resolucion que habian formado los indigenas de esterminar á los blancos. Pero la falta de provisiones acababa tambien á los Peruanos. No era empresa fácil el procurar alimento para hueste tan numerosa, y el recurso de los pósitos establecidos con tanta prevision por los Incas, les servia de muy poco, porque cuando los Españoles entraron en el pais, tomaron de ellos á manos llenas y mucho desperdiciaron.²⁸ El tiempo de la siembra era llegado, y el Inca veia muy bien que si sus gentes no se aplicaban á ella, les sobrevendria un azote mas terrible que los mismos invasores. Despidió, pues, la mayor parte de sus tropas mandándoles que se retirasen á sus casas, y que cuando tuviesen labrados sus campos volviesen para continuar el cerco de la capital. Conservó el Inca para su custodia una fuerza considerable, y con ella se retiró á Tambo, lugar muy fuerte en el valle de Yucay residencia favorita de sus antepasados. Dejó tambien un buen trozo de gente cerca del Cuzco, para que vigilase los movimientos del enemigo, y le interceptase los víveres.

Los Españoles veian con regocijo como se desmoronaba la poderosa hueste que por tanto tiempo les cercara. No descuidaron de sacar partido de esta circunstancia, y Hernando Pizar-

²⁸ Ondégarro, Rel. Prim. y Seg., MS.

ro aprovechó aquella retirada temporal, para despachar partidas sueltas que saliesen á recorrer el pais, y trajesen víveres para sus hambrientos soldados. Caminó en esto con tal fortuna, que en una ocasion se recojieron de las haciendas de los Indios, hasta dos mil cabezas de ganado, de los carneros de la tierra, que llegaron sin novedad al Cuzco.²⁹ Ya con esto quedaba libre por entonces el ejército de todo temor de escasez.

Mas estas correrías se hacian á punta de lanza, y ocasionaban repetidas refriegas en que se vertia la sangre mas preciada de los caballeros españoles. Estos encuentros no solo eran entre cuerpos numerosos, sino que tambien ocurrían continuas escaramuzas entre partidas pequeñas, que á veces parecían mas bien combates personales. Ni en estos era tanta la desigualdad entre los campeones, como podria suponerse, porque el guerrero peruano con su honda, su arco, y su lazo, no era antagonista despreciable para el acerado ginete, á quien algunas veces osaba acometer cuerpo á cuerpo con su formidable hacha de armas. Los alrededores del Cuzco se convirtieron, como la vega de Granada, en un campo de batalla, donde los Cristianos y los infieles combatían cada uno á su modo, y viéronse

²⁹ "Recojimos hasta dos mil cabezas de ganado." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

muchos hechos heróicos que solo necesitaban de la lira del poeta para dejar un recuerdo de gloria como el que ha llegado hasta nosotros de los últimos dias de la media luna en España.³⁰

Pero Hernando Pizarro no se contentaba con mantenerse tan solo á la defensiva, y resolvió dar un paso atrevido, que de una vez pusiese término á la guerra. Tratábase de apoderarse de la persona del Inca Manco, esperando sorprenderle en sus cuarteles de Tambo.

Escogió para este servicio ochenta de sus mejores ginetes, con unos cuantos de á pié, y dando un largo rodeo por los pasos menos frecuentados de la sierra, dió vista á Tambo sin que lo sintiese el enemigo. Halló entonces que la plaza era mas fuerte de lo que se habia imaginado. El palacio de los Incas, que merecia mejor el nombre de fortaleza, estaba situado en una altura, inaccesible por la parte hácia donde asomaron los Españoles, por hallarse cortada la áspera subida en forma de andenes ó escalones, defendidos por fuertes cercas de cantería y de

³⁰ Pedro Pizarro refiere varios de estos hechos de armas, y en algunos salen á relucir en primer lugar sus propias hazañas. Un acto de crueldad menciona, que hace muy poco favor á su gefe Hernando Pizarro. Dice que despues de un reñido encuentro, hizo cortar la mano de-
recha á los prisioneros, y así mutilados los volvió á enviar á su campo. (Descub. y Conq., MS.) Los cronistas no refieren con frecuencia tales atrocidades, y podemos creer que solo serian escepciones de la política que generalmente siguieron los conquistadores en esta invasion.

adobes.³¹ Por la parte opuesta corría estrecho y profundo el río Yucay,³² atravesando un pequeño llano, y como por aquí era muy suave el descenso, se eligió este lado para intentar el asalto.

Pasado el río sin mucha dificultad, comenzó á subir el gefe español por la esplanada, con el menor ruido posible. Apenas asomaba la auro-
ra por las montañas, y Pizarro al acercarse á las obras exteriores, que eran, como en la fortaleza del Cuzco, unas fuertes cercas de piedras que rodeaban el patio, ayivó el paso, confiado en que la guarnición estaría aun entregada al sueño. Pero ya había millares de ojos despiertos que espiaban sus movimientos, y apenas llegaron á tiro los Españoles, asomaron de pronto por encima de la muralla una multitud de Indios, y apareció el Inca dentro del patio, á caballo con su lanza en la mano, dirigiendo los movimientos de sus tropas.³³ Al mismo tiempo oscureció el aire una descarga de innumerables proyectiles, piedras, dardos y saetas, que llovían como granizo sobre los Castellanos, y resonó en todas las montañas el agudo clamor de guerra de los enemigos. Cogidos de sorpresa y muchos gravemen-

³¹ "Hallamos á Tambo tan fortalecido que era cosa de grima, por que el asiento donde Tambo está es muy fuerte, de andenes muy altos y de muy gran canterías fortalecidos." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

³² "El río de Yucay que es grande por aquella parte va muy angosto y hondo." Ibid., MS.

³³ "Parecia el Inca á caballo entre su gente, con su lanza en la mano." Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 7.

te heridos, vacilaron por un momento los Españoles, y aunque al punto se rehicieron y trataron por dos veces de repetir el asalto, viéronse al fin obligados á retroceder, incapaces de resistir la furia de la tempestad. Para aumento del desórden, echaron de ver que el llano que tenían á la espalda estaba inundado, porque los Indios abrieron las compuertas y sacaron las aguas del río fuera de su lecho natural, de manera, que era imposible mantenerse por más tiempo allí.³⁴ Reunióse una junta de guerra, y se decidió que se abandonase el ataque por desesperado, y se emprendiese la retirada en el mejor órden posible.

Gastóse el día en estas tentativas infructuosas, y aprovechándose Hernando de las sombras amigas de la noche, envió por delante la infantería y el bagage, se encargó él mismo de mandar el centro, y confió la retaguardia á su hermano Gonzalo. Tuvieron la fortuna de pasar el río sin novedad, aunque los enemigos, confiados en sus propias fuerzas, se arrojaron fuera de sus parapetos y siguieron de cerca la retirada de los Españoles, molestándoles continuamente con sus

³⁴ "Pues hechos dos ó tres acometimientos á tomar este pueblo, tantas veces nos hicieron volver dando de manos. Así estuvimos todo este día hasta puesta de sol: los indios sin entenderlo nos echaban el río en el llano donde estábamos, y á aguardar mas perecíamos aquí todos." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

flechas. Mas de una vez apretaron tanto á los fugitivos, que Gonzalo se vió precisado á volver con su caballería, para dar una de aquellas cargas atrevidas que castigaban su audacia, y contenian el alcance por algun tiempo. Apesar de eso el enemigo victorioso se mantuvo siempre á retaguardia de los derrotados caballeros, hasta que salieron de los pasos de la sierra, y dieron vista á los ennegrecidos muros de la capital. Este fué el último triunfo del Inca.³⁵

Entre los manuscritos que debo á la liberalidad del ilustre y lamentado literato español Navarrete, el mas notable de los relativos á esta historia, es la obra de Pedro Pizarro, titulada: "Relacion del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú." Parece que solo una copia de este importante documento se conservó hasta nuestros dias, y era muy poco conocido hasta que vino á parar á manos del Señor Navarrete, aunque no se escapó á la esquisita diligencia de Herrera, segun lo manifiesta la relacion que hace de varios incidentes, algunos relativos á la propia persona de Pedro Pizarro, que no pudo saber por otro conducto. El manuscrito ha visto últimamente la luz pública, en la pre-

³⁵ Ibid., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 7.

ciosa coleccion de documentos históricos que actualmente se publica en Madrid, por personas cuyos nombres son la mejor garantía del buen éxito. Como cuando me llegó el libro impreso ya mis tareas estaban muy adelantadas, preferí continuar refiriéndome á la copia manuscrita en lo poco que aun me restaba por hacer, como lo habia hecho por necesidad en lo trabajado hasta allí.

No se sabe otra cosa del autor á lo que entiendo, sino lo que puede averiguarse por varias noticias que da de sí propio en su historia. Nació en Toledo de Estremadura, provincia tan fecunda en aventureros para el Nuevo Mundo, de donde salió tambien la familia de Francisco Pizarro, con la que Pedro tenia parentesco. Cuando este capitán pasó á emprender la conquista del Perú en 1529, despues de recibir del emperador sus títulos, Pedro Pizarro que solo tenia entonces quince años, pasó con él en calidad de page. Tres años continuó agregado á la casa de su jefe, y despues se alistó bajo sus estandartes como soldado aventurero. Se halló presente en casi todos los sucesos memorables de la conquista, y parece que su capitán tenia grande confianza en él, pues le fió varias comisiones difíciles, en cuyo desempeño mostró mucha serenidad y valor. Es verdad que todo esto no tiene otro comprobante que la palabra del autor;

pero refiere sus proezas con aire de buena fé, y sin ningun empeño por realzarlas mas de lo justo. Habla siempre de sí propio en tercera persona, y como su manuscrito no estaba destinado tan solo para la posteridad, con dificultad se atreveria á desfigurar mucho los hechos, cuando era tan fácil descubrir el engaño.

Terminada la conquista, siguió siempre nuestro autor la suerte de su capitán, y se mantuvo á su lado durante todas las revoluciones que se siguieron. Despues que fué asesinado, se retiró Pedro Pizarro á Arequipa, para disfrutar en paz del repartimiento de tierra é Indios que le habian dado por recompensa de sus servicios. Allí se encontraba cuando estalló la gran rebelion de Gonzalo Pizarro; pero se mantuvo fiel á sus juramentos, y quiso mas bien, segun dice, "negar su nombre y su sangre, que dejar de servir á su Rey y Señor." Gonzalo en desquite le despojó de sus repartimientos, y habria tomado contra él otras medidas mas severas cuando le hizo prisionero en Lima, si no hubiera mediado su teniente el famoso Francisco Carbajal, á quien en otro tiempo por fortuna suya, hizo el cronista un señalado servicio. Pagóselo Carbajal salvándole la vida por dos ocasiones; pero á la segunda le dijo con toda calma; "Señor, dobles vidas no tenemos; pues si otra vez os he á las manos, que solo Dios os dé la vida." Afortuna-

mente para Pizarro no llegó el caso de cerciorarse de la verdad de esta amenaza. Así que se pacificó la tierra, se volvió otra vez á Arequipa; pero por lo quejoso que se muestra, parece que no le restituyeron por completo los bienes que habia sacrificado á su acrisolada lealtad al monarca. Las últimas noticias que tenemos de él son del año 1571, en cuya fecha, segun dice, acabó de escribir su historia.

La relacion de Pedro Pizarro abraza todo el periodo de la conquista, desde la primera expedicion que salió de Panamá, hasta los desórdenes que se siguieron á la partida del presidente Gasca. Para escribir el principio de su obra se valió de los informes de otros, y por consiguiente esta parte de ella no tiene derecho á ser colocada entre las autoridades de primera clase. Pero todo lo que se sigue al regreso de Pizarro de Castilla, en una palabra, todo lo que comprende la conquista del pais, puede decirse que lo refiere por haberlo visto por sí propio, como actor y testigo de vista, lo que da á su relacion un mérito á que no podria aspirar por su desempeño como obra literaria. Pizarro era un soldado, tan mal educado, sin duda, como lo son generalmente los que se crian en esta áspera escuela; la mas desfavorable del mundo para el cultivo de la mente y la buena moral. Tuvo sin embargo bastante juicio para no empeñarse en con-

seguir lo que no podia alcanzar. No hay en su crónica pretensiones á la elegancia en el estilo, ni tropieza uno á cada paso con esos adornos afectados, que solo sirven para hacer mas patente la pobreza del que los prodiga. Su objeto solo hera referir sencillamente lo sucedido en la conquista conforme lo habia visto: su atencion se dirigia á los hechos y no á las palabras, las que dejó sábiamente para los que despues vinieran á recorrer el campo cuando se hubiesen retirado los labradores, para rebuscar lo que pudiesen de segunda mano.

Podria creerse que la posicion de Pizarro le espondria necesariamente á influencias de partido, privándole de guardar en su narracion la imparcialidad debida. No es difícil, á la verdad, el determinar á que bandera pertenecia. Su lenguaje es el de un partidario; pero de un partidario de buena fé, á quien solo impiden el juzgar con exactitud de los acontecimientos pasados, las opiniones que abrigaba de antemano. No emplea ningun artificio para inclinar el ánimo del lector á uno ú otro lado, ni mucho menos se atreve á desfigurar de intento los hechos. No cabe duda que él cree cuanto dice, y he aqui lo que principalmente debe buscarse. La influencia natural de su posicion, ya podemos tenerla en cuenta, y si hubiese llegado á mas su imparcialidad, el crítico de hoy podria equivocarse,

rebajando por la parcialidad y prevenciones del autor, mas de lo que debiera.

Pizarro no solo se muestra independiente, siuo á veces cáustico, al condenar la conducta de sus gefes, sobre todo cuando alguna de sus medidas perjudicaba á los intereses del escritor ó á los del ejército. Respecto á los desdichados indígenas, no le causan mas compasion sus miserias, que á los antiguos Judios las de los Filisteos, á quienes miraban como presa de sus espadas, y cuyas tierras consideraban como patrimonio suyo legítimo. Los crueles conquistadores, al tratar á los infieles, jamas dieron señal de misericordia.

Pizarro era el tipo del siglo en que vivia. Pero á la verdad que es demasiado, el querer atribuir al siglo todas sus faltas. Era mas bien el tipo de los feroces guerreros que derribaron el trono de los Incas. No era solamente un cruzado que peleaba por estender los dominios de la Cruz entre los ciegos gentiles, sino que el oro era su fin principal, la medida por donde juzgaba de la importancia de la conquista, y la única recompensa que pedia por una vida de trabajos y de peligros. El aventurero peruano alimentaba mas bien su grosera y mundana imaginacion con estos ensueños de oro, que con ensueños de gloria, y mucho menos de gloria celestial. Pizarro no se aventajaba á los de su ralea, bajo el

aspecto moral, ni tampoco en la parte intelectual. En su historia no se descubre grande penetracion, ni vigor ni estension en las ideas. Es la obra de un soldado que refiere simplemente su sangrienta historia, y lo único que le da mérito es, que la cuenta el mismo que figuró en ella. Y esto hace que para el compilador moderno sea de mas valor que otras producciones mas pulidas de segunda mano: es el metal en bruto, que pasado por el crisol y refinado, puede convertirse en moneda corriente para que circule por todas partes.

Otra autoridad en que me he apoyado á veces, y cuyas obras aun duermen manuscritas, es el Licenciado Fernando Montesinos. Este es, bajo todos aspectos, el reverso del cronista-soldado á quien acabamos de pasar revista. Floreció como un siglo despues de la conquista, y por consiguiente, el valor de sus escritos como autoridad histórica debe ser proporcionado á la oportunidad que tuviera de consultar los documentos originales. Para ello contaba con grandes ventajas. Por dos ocasiones pasó al Perú con comisiones del gobierno, para cuyo desempeño se vió precisado á recorrer mucha parte del país. Gastó quince años en ello, de manera, que al mismo tiempo que su carácter oficial le proporcionaba facil acceso á los archivos de las colonias y á las colecciones de los litera-

tos, podia al mismo tiempo cerciorarse en alguna parte de la esactitud de sus opiniones, observando el pais por sus propio ojos.

El resultado de sus trabajos fueron sus dos obras históricas, las "Memorias Antiguas Historiales del Perú," y los "Anales," citados varias veces en la presente obra. La primera está dedicada á la historia antigua del pais, y bien antigua, porque se remonta nada menos que al diluvio. La primera parte de este tratado está llena casi toda con una disertacion destinada á probar que el Perú es el rico Ofir del tiempo de Salomon. Por esta hipótesis, cuya invencion no pertenece de modo alguno á nuestro autor, podrá formar el lector una idea aproximada del giro de sus ideas. En el curso de la obra va siguiendo la línea de los príncipes Incas, cuyos hechos y aun nombres, no se conforman de modo alguno con el catálogo de Garcilaso; mas adviértase que esta circunstancia está muy lejos de probar la inesactitud de ninguna de las dos. Pero no negará que el escritor merece el cargo de inexacto, todo aquel que haya leído las absurdas fábulas que Montesinos cuenta con tanta gravedad y confianza. El adolecía en gran manera de la nimia credulidad y aficion á las maravillas, que caracterizan á una época mas remota y menos ilustrada.

Lo que llevamos dicho de las "Memorias,"

puede aplicarse tambien á sus "Anales," que tratan esclusivamente de la Conquista. Como aquí el autor despues de su atrevido vuelo, descendió á tierra firme, ya no debe temerse que falte del todo á la verdad, ó por lo menos á la verosimilitud. Mas cualquiera que llegue á comparar su narracion con las de los escritores contemporáneos hallará á cada paso motivos para desconfiar de ella. Montesinos, sin embargo, tiene una ventaja. En sus largas buscas, halló y á veces trasladó al pié de la letra en su obra, varios documentos originales, que hoy seria difícil encontrar en otra parte.

Algunos literatos de su pais han elogiado mucho sus escritos, por advertirse en ellos que su autor se penetró del asunto y buscó con diligencia sus materiales. Mi propia esperiencia me hace no considerarlos como las mejores autoridades históricas. Creo que merecen muy pocas alabanzas, ya sea por la exactitud en referir los hechos, ó por la agudeza de sus reflexiones. La absoluta indiferencia con que mira los padecimientos de los indígenas, es una cualidad repugnante, menos disculpable en un escritor del siglo XVII, que en los primitivos conquistadores, cuyas pasiones se encendian con las continuas hostilidades. Mr. Ternaux-Compans ha traducido al francés las "Memorias Antiguas" con su acostumbrada exactitud y elegancia, pa-

ra su coleccion de documentos originales relativos al Nuevo-Mundo. En el Prólogo anuncia que mas adelante hará el mismo favor á los "Anales;" no sé si lo habrá hecho; pero no puedo menos de creer que este escelente traductor podria hallar mejor asunto para sus trabajos en algun otro documento de la rica coleccion que posee de los manuscritos de Muñoz.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

